

La vida cotidiana en Cuba. Una mirada psicosocial

Consuelo Martín Fernández

Profesora. Universidad de La Habana.

Maricela Perera Pérez

Investigadora. Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas.

Maiky Díaz Pérez

Profesora. Universidad de La Habana.

CAFÉ: Caliente, Amargo, Fuerte y Escaso. En taza muy pequeña, se apura y se traga de un sorbo. Ese «buchito» de café, típicamente cubano, sintetiza historia, identidad y cultura en nuestra vida cotidiana. Significa continuidad, pertenencia, permanencia, un modo de ser y de pensar. Y como a toda «estabilidad» le es consustancial la contradicción para la transformación y el desarrollo, nos proponemos «mirar con ojos psicosociales» los cambios en la cotidianidad cubana actual.

En toda sociedad acontecen transformaciones que, en un momento histórico determinado, promueven cambios. Estos cambios se concretan en el transcurrir cotidiano de los grupos sociales, donde se producen y reproducen las relaciones determinantes —de orden económico, político y social— de cualquier sociedad y, con ellas, la subjetividad de los hombres que la integran.

Naturalmente, quedar en ese nivel de generalidad y abstracción teórica, resultaría insuficiente.

Abordar esta temática únicamente desde la psicología social o desde la sociología no significa ignorar que su contenido y complejidad trascienden los límites de ambas disciplinas. No obstante, como a cada ciencia particular le toca ir «haciendo camino al andar», este tratamiento psicosocial se propone contribuir al conocimiento multidisciplinario sobre la vida cotidiana.

Cambio y crisis

Cuba es una pequeña isla, ubicada en el Mar Caribe del continente americano, inserta en un mundo convulso y cambiante. La coyuntura vivida por nuestro país en los últimos cuatro o cinco años —el primer lustro de la última década del siglo xx— abarca acontecimientos que impactan todos los órdenes, macrosociales y macroeconómicos, institucionales y grupales (la vida doméstica, familiar, laboral) e individuales (valorativos, afectivos, personales). Afecta, en fin, la cotidianidad de Cuba y de cada cubano, y la subjetividad social.¹

En ese contexto, emergen interrogantes como las siguientes: ¿Qué entendemos por cambio social? ¿Qué repercusiones puede tener la situación de cambio social para la vida cotidiana y la subjetividad de cualquier ciudadano común? ¿Cuáles son las formas conductuales que suelen concurrir ante tales situaciones? Apuntaremos algunas reflexiones al respecto.

Al revisar la literatura sobre el tema, se observa que el cambio social supone —en sentido amplio— variaciones o modificaciones de la realidad social e implica —en sentido estrecho— transformaciones del sistema social. En el abordaje teórico, unas veces se habla indistintamente de cambios sociales y otras de crisis

sociales. Toda situación de crisis o cambio social tiene una implicación dialéctica con crisis y cambios en el nivel de la subjetividad —social e individual. Dicho de otro modo, las transformaciones a nivel societal en el orden económico, político y social producen transformaciones en los sistemas de valores, percepciones, representaciones, ideales, conductas y necesidades de los grupos humanos —y de sus individuos particulares²— inmersos en la situación de cambio.

Sin entrar en la polémica sobre la díada cambio-crisis, observamos que el cambio social se presenta, en los diferentes contextos, con distintas magnitudes y niveles de alcance. No compartimos la idea que absolutiza la crisis social como una manifestación extrema y aguda del cambio social. La crisis es una forma de cambio, pero no necesariamente su modo extremo. En este fenómeno interviene una pluralidad de elementos que actúan simultáneamente y tipifican la situación de cambio social, la que adopta una configuración particular en cada contexto y momento histórico-social concreto.

La crisis es un proceso de desestructuración de lo cotidiano. Se presenta como una situación nueva, cambiante, que provoca «rupturas» y moviliza numerosos factores subjetivos.

Preferimos hablar de la crisis como etapa de posibilidad y necesidad mayores, para que se produzcan transformaciones de diversidad y alcance superiores. Tales transformaciones pueden desembocar en situaciones de cambio social positivo, desarrollador, que caracterizarían crisis sociales de crecimiento; pero también, en situaciones de estancamiento o de cambio social negativo, se identificarían con crisis de involución social. Con los criterios de «positivo» o «negativo» nos estamos refiriendo al grado de humanismo implícito en las situaciones de crisis o cambio social. Este razonamiento es válido para los niveles personal, grupal, institucional y social.

Hablar de crisis en un contexto social supone la modificación significativa de las condiciones materiales y espirituales en que habitualmente ha vivido una comunidad, así como el impacto que tales transformaciones provocan en la vida cotidiana de sus miembros.

En una situación de crisis, con independencia del nivel de que se trate —personal, familiar, grupal, social— ocurre que lo viejo y habitualmente conocido ya no da cuenta de lo que acontece ni ofrece cabal respuesta. Lo nuevo que surge resulta incierto y demanda la elaboración de esquemas referenciales donde aparezcan respuestas posibles y correspondientes a esas nuevas situaciones. La incertidumbre despierta angustias y ansiedades, precisamente por la carencia de esos referentes de actuación. De esta forma, se producen numerosas rupturas en los modos de pensar y accionar en la vida cotidiana porque, al no ajustarse a la cotidianidad cambiante, se tornan inoperantes.

¿Qué es la vida cotidiana?

En general, es la realidad construida por los hombres en y a través de sus relaciones dinámicas con el ambiente social y natural, en la cual se produce y reproduce la sociedad. En términos de la reflexión psicológica, es la expresión inmediata, en un tiempo, ritmo y espacio concretos, del conjunto de actividades y relaciones sociales que regulan la vida de *la persona* en una formación económico-social determinada, es decir, en un contexto histórico-social concreto.³

Como señalan Quiroga y Racedo, «a cada época histórica y a cada organización social le corresponde un tipo de vida cotidiana. Y en esa cotidianidad es donde subyacen las relaciones que los hombres guardan con sus necesidades en cada organización social».⁴

Así está determinada *la cotidiana vida de la persona*. Y decirlo en singular implica que se trata de *la vida misma*. Más allá de cualquier ideología, filosofía, religión o credo, la vida cotidiana es la vida de la persona, su existencia misma, es el transcurrir de su historia individual en un aquí y ahora concretos. Es donde coexisten lo trascendente y lo intrascendente para cada ser humano.

La vida cotidiana se presenta al individuo como lo que debe ser, lo dado, lo natural, lo obvio. Esto hace presuponer que esas formas de pensar y actuar, devenidas estilos, son estables y duraderas. Por tanto, son sentidas como una realidad relativamente coherente.

La realidad cotidiana se presenta al individuo ya objetivada. Desde que nace el ser humano encuentra una realidad construida, objetivada e impregnada de sentidos que se tornan tales y toman significados en y durante su proceso de socialización, en el cual se le imponen como una realidad ordenada.

Es muy numerosa la cantidad de estímulos y situaciones que acontecen, simultáneamente, en la vida cotidiana. Por el tiempo mínimo que posee el individuo para reaccionar, tomar decisiones y desenvolverse en ese cotidiano de vida, se vale de todo un sistema de conocimientos, experiencias y afectos que son adquiridos a través de las diferentes instancias socializadoras —familia, escuela, medios de comunicación social, entre otros. Este es el sistema llamado *conocimiento cotidiano* o *natural*, que funciona como esquemas referenciales que el individuo utiliza para su actuar diario y le permite orientarse, comportarse, conducirse de manera «adaptada», en su cotidianidad.

Como indica Pichon-Rivière,

el conocimiento cotidiano se estructura de acuerdo a [sic] la opinión y la fe, a formas culturales de ser en el mundo, se aplica en los rituales, el folklore, los mitos, los proverbios, los consejos de los mayores, etc. El pensamiento cotidiano nunca es teoría pura, está cargado de afectos y de prejuicios.⁵

La vida cotidiana, por definición, implica un **sistema**, en cuya dinámica coexisten relaciones dialécticas entre el sujeto (individuo) y el sujeto social (sociedad-

instituciones-grupos). Así, el mantenimiento del sistema sujeto-sujeto social refiere directamente a la producción y reproducción de la vida cotidiana. Incluye lo cotidiano, reiterativo y ordinario, que supone la relación establecida entre la necesidad y su satisfacción en acciones y eventos vitales, cuya reiteración es imprescindible; o sea, que responde a eventos para la reproducción de acciones que posibiliten el mantenimiento del sistema. Dicho en pocas palabras, la vida cotidiana es el sistema que integra el conjunto de actividades vitales que deben repetirse diariamente para la satisfacción de necesidades biológicas, psicológicas y sociales de la vida misma: necesidades de alimentación, de comunicación, de trabajar, de descansar, entre otras.

Pero también incluye lo no cotidiano, no reiterativo, extraordinario, es decir, lo que responde a eventos que no son imprescindibles para que exista la posibilidad del mantenimiento de la vida como sistema. Están determinados más bien por contingencias del individuo, de la situación de interacción con los otros. Sin embargo, forman parte de la cotidianidad porque implican, en mayor o menor medida, la ruptura de lo ordinario, evidencian su contradicción y requieren de ajustes y soluciones para mantener el equilibrio del sistema. Se trata, por ejemplo, del matrimonio, el divorcio, el nacimiento de un hijo, el cambio de vivienda, el fallecimiento de un familiar, etc. Pueden implicar cambios, positivos o negativos, pero siempre demandan la reestructuración de la cotidianidad.

La vida cotidiana en Cuba ante la crisis

¿Qué sucede en la vida cotidiana ante una situación de crisis?

Si lo cotidiano es eso que se presenta como lo obvio, como una realidad ordenada y coherente, de la cual uno no se extraña y que no se cuestiona, la crisis supone una vivencia de ruptura. Esta obliga a convertir en objeto de análisis, en motivo de reflexión, esa ruptura de la continuidad en el proceso de vida.

Psicológicamente, se pone en evidencia la validez, eficacia y relatividad de los esquemas referenciales de actuación, porque ante la nueva situación estos no funcionan. Se desorganiza la percepción de lo cotidiano en tanto historia coherente, donde cada etapa sucede a la anterior por la siguiente «de modo natural». Ocurre cierta desorganización en el nivel cognoscitivo, pues el conocimiento cotidiano no permite dar respuesta a muchas de las situaciones que se presentan; los referentes cognitivos previos dejan de ser efectivos.

En el nivel afectivo, las nuevas situaciones son vivenciadas con una gran carga emocional. Se generan inseguridades y ambigüedades. Las situaciones de ruptura y desvalorización de lo cotidiano —que se producen durante la crisis— provocan en el individuo necesidades ante lo nuevo —las cuales se presentan abruptamente— y generan miedos por la pérdida de lo ya conocido —que pasa entonces a ser viejo. Aparece la angustia ante

lo desconocido y, una vez más, se hace evidente que los esquemas referenciales no sirven por el carácter «inédito» que adquiere la cotidianidad en crisis.

Aun cuando lo nuevo sea mejor o positivo, se produce en el individuo, como tendencia natural, un cierto impulso conservador, que desea mantener/restaurar lo conocido. De alguna manera, se pueden afectar los elementos que determinan la pertenencia a un grupo o contexto social más amplio, y puede ocurrir también que se vea afectada la vivencia de continencia del grupo. Se produce un cuestionamiento de la situación y de los modos habituales de pensar y actuar. Se fractura la sucesión inteligible en que se vive; y se han de reestructurar los modelos o matrices de aprendizaje (en términos de Quiroga) que significaron hasta ahora las experiencias vividas.

Desde estas perspectivas, ¿qué ha ocurrido en el actual contexto social cubano?

Cuando aquí se habla de actualidad, lo primero que viene a la mente es *cuánto ha cambiado todo desde hace un par de años o quizás cuatro años atrás*, y más aún si la comparación se retrotrae a la imagen de la década del 80. En Cuba, la dialéctica implícita en el movimiento de la vida cotidiana de los años 90, matiza y hace conscientes los hechos más insignificantes de la vida misma, para cada uno de sus habitantes.

Quizás hoy sea más fácil percibir, en la vida cotidiana, lo que se ha dado en llamar, desde 1990, «período especial en tiempo de paz». En el discurso político se analizaba la realidad económica del país y se explicaba a la población las dificultades del futuro inmediato.⁶ Una traducción cotidiana la refleja el título de un artículo publicado en *Granma* en 1995: «¿Cómo estirar el kerosén?»; o en una edición de *Bohemia* de 1994 donde se dice que «la crisis ha obligado a una dieta básica de arroz y frijoles [...] son muchos los productos que han ‘desaparecido’ de la libreta y que se deben adquirir en el mercado negro». Por ejemplo, durante 1993 una caja de cigarrillos costaba 30 pesos en el mercado negro y en los días de ese fin de año hubo quien pagó 80 pesos por ella; hoy en cualquier mercado se pueden comprar los cigarrillos que se deseen —además de los normados por la libreta y subvencionados— y la caja cuesta como máximo diez pesos. Este ejemplo, que parece simple, encierra cambios operados en el corto lapso de dos años, cuando la economía doméstica ha requerido de nuevas estructuraciones, que se asumían de manera consciente cuando estaba en sus peores momentos, pero que pasan a ser obviedades «olvidadas» de la cotidianidad cuando hay cierta mejoría.

Hay que reconocer los esfuerzos del Gobierno cubano para paliar las situaciones que se fueron creando y que la población ha vivenciado cotidianamente. La falta de combustible se refleja en los cotidianos problemas de transporte: las formas habituales de trasladarse de un lugar a otro cambiaron a otras nuevas, como el uso masivo de las bicicletas; se cancelaron algunas rutas de ómnibus que fueron sustituidas por

diferentes tipos de transporte colectivo —camiones, «camellos», taxi-bus, etcétera.

La escasez de energía eléctrica desestructuró la organización cotidiana de las actividades familiares, laborales, recreativas, etc.; en este período transitamos desde la situación crítica de diarios apagones de ocho horas hasta frecuencias mínimas de una vez por semana.⁷ Si bien esta circunstancia no ha sido eliminada completamente, porque depende de la disponibilidad de combustible, las actividades se han reestructurado paulatinamente de manera casi imperceptible; por ejemplo, los horarios de televisión, de cine, museos, etc. En medio de los apagones la vida cambiaba. Esta nueva situación se caracterizaba por generar contrariedades y disgustos. Al mismo tiempo, muchas veces se incrementaban las relaciones sociales: familias, amigos, y vecinos se reunían, conversaban, jugaban a distintos pasatiempos. Hoy muchos reconocen que —sin proponérselo— se desarrollaron más la comunicación y la solidaridad humanas.

Las carencias de alimentos y medicinas demandaron altas dosis de creatividad. Nuevos platos surgieron para suplir la habitual dieta cubana y la medicina tradicional emergió como una alternativa a la medicina occidental. En ambos casos, muchas de esas variantes son hoy opciones cotidianas que se asumen como válidas. Para quienes requieren medicamentos sistemáticos —hipertensos, asmáticos, diabéticos, etc.—, se organizó la adquisición de sus medicinas mediante una tarjeta en farmacias específicas, lo cual supone una transformación en sus hábitos al respecto.

Quizás sea esta la primera vez —después del triunfo de la Revolución— que tiene lugar cierta incertidumbre e inseguridad y se modifican los contornos, en la subjetividad cotidiana, de lo que podría ser un modelo para la sociedad del futuro de las nuevas generaciones; sus límites se perciben en continua construcción.

Efectivamente, en los años 90 vivimos en una situación de crisis, en la que el deterioro de la economía y la producción deja una impronta en la vida cotidiana cubana. Se han tomado distintas medidas que han permitido sortear las dificultades y preservar los logros de la Revolución. Son numerosos y variados los nuevos hechos —insospechados e inaceptables hasta hace muy poco— que irrumpen en las formas habituales de organización social, familiar y personal; en la conducta, consumo y pensamiento del cubano. Una simple enumeración de algunos de los diversos cambios operados en la sociedad cubana durante los últimos años puede ilustrar las rupturas de la cotidianidad que hemos vivenciado. Algunos de ellos pueden aparecer como complementaciones y otros como oposiciones en la vida cotidiana.

- La contracción de bienes de consumo y servicios, y de ofertas recreativas, como la reducción de los horarios del cine y la televisión, de las tiradas de publicaciones, etcétera.

- La reducción de empleos como resultado de las medidas de racionalización y reordenamiento económico.
- La ampliación impetuosa del número de trabajadores «cuentapropistas» y la aprobación de la Ley del Trabajo por Cuenta Propia.
- La extensión de las prácticas religiosas y la eliminación de algunas restricciones a los creyentes —ingreso al Partido Comunista de Cuba, etcétera.
- La apertura al capital extranjero, con la consiguiente formación de empresas mixtas, firmas extranjeras, etc. y la posterior aprobación de la nueva Ley de Inversiones, cuyo cuerpo legal abre casi todas las esferas de la economía a la inversión extranjera.
- La despenalización de la tenencia de divisas, la creación del peso cubano convertible y la apertura de las Casas de Cambio.
- La desvalorización/revalorización del peso cubano.
- La apertura del mercado agropecuario regido por la ley de la oferta y la demanda.
- La reorganización de las formas de producción agrícola, con la creación, por ejemplo, de las Unidades Básicas de Producción Agropecuaria (UBPC).
- La emigración ilegal —«balseros»— y los acuerdos migratorios con los Estados Unidos. La población percibe el proceso con menor carga negativa y, en algunos lugares, el rechazo se sustituye por una contradictoria aprobación del fenómeno.
- El incremento de los permisos de visitas de los familiares residentes en el exterior y sus envíos de remesas de dinero. La tendencia a la normalización de las relaciones entre el Gobierno cubano y los emigrados. El desarrollo de regulaciones migratorias que implican un proceso migratorio con retorno (permisos de residencia en el exterior por contratos de trabajo, matrimonio, etcétera.).
- El desarrollo del turismo como industria en ascenso y sus secuelas negativas, como el incremento de la prostitución, la dolarización de los servicios y otros.
- La aprobación de la nueva Ley Tributaria (inexistente desde los años 70), que implica un gravamen sobre los ingresos personales de los cuentapropistas y los trabajadores que perciben ingresos en divisas.

Estos son sucesos acaecidos en el orden interno del país. Muchos son los que pudieran referirse, en el ámbito internacional. Por ejemplo, cabría reiterar:

- La desaparición de la URSS, y la instauración de la economía de mercado en Europa del Este.
- La agudización del bloqueo económico impuesto por los Estados Unidos y sus ingentes esfuerzos por internacionalizar el conflicto bilateral con Cuba. La firma de la Ley Helms-Burton por la administración Clinton. Las restricciones a la ayuda económica de los cubanos emigrados a sus familiares.
- La creciente unipolaridad mundial.
- El debilitamiento de los modelos socialistas y las fuerzas progresistas.

Las formas habituales de pensar, actuar y conducirse han sido impactadas. Los esquemas referenciales devienen insuficientes e inadecuados para dar respuesta a un entorno en movimiento, en una dinámica cambiante que puede ir más allá de los límites de compensación de muchos individuos. Resumido en dos palabras, se ha producido una ruptura en la cotidianidad del cubano.

- La generalización del modelo neoliberal y sus consecuencias en el contexto latinoamericano.
- El desarrollo de guerras y conflictos nacionalistas entre pueblos hasta hace poco aparentemente amigos.

Todos estos hechos son suficientes para situar a los cubanos ante una situación de profundos cambios. Las formas habituales de pensar, actuar y conducirse han sido impactadas. Los esquemas referenciales devienen insuficientes e inadecuados para dar respuesta a un entorno en movimiento, en una dinámica cambiante que puede ir más allá de los límites de compensación de muchos individuos. Resumido en dos palabras, se ha producido una ruptura en la cotidianidad del cubano. Veamos ejemplos de las rupturas vivenciadas por los propios actores sociales de la cotidianidad cubana actual.⁸

Para muchos sujetos *tener dólares no tenía sentido, no era necesario. No solo era ilegal, sino rechazado con referencias de carácter peyorativo.* En agosto de 1993 se legaliza su tenencia, giro económico vertiginoso que implica contradicciones entre la experiencia y la forma social de representarse la existencia misma.

Las rupturas en la cotidianidad reflejan el contexto de las contradicciones sociales. A esta situación se asocia la desprofesionalización, que se vivencia como *no poder hacer el trabajo para el cual se realizaron estudios y preferir hacer alguno que garantice una remuneración en dólares; hay un sector con elevados ingresos sin que su actividad laboral se corresponda con los mismos; el trabajador asalariado, sea técnico, profesional u obrero, que no conocía otra forma de vivir que no fuera a partir del producto de su trabajo es el más afectado porque se le derrumban sus creencias, porque ve que otros, por vías antes no legítimas, encuentran la satisfacción de sus necesidades.*

En 1996, no es casual hablar de crisis en Cuba porque el planteamiento que trae aparejado este «período especial» no es otra cosa que un cambio en las formas de producción y reproducción de la vida cotidiana. En el espacio que significan los ámbitos de nuestra vida cotidiana actual se han producido, en un breve lapso (1990-1996), modificaciones en el ritmo de vida para la satisfacción de necesidades cotidianas, que dependen de las posibilidades de producción y consumo. Se requiere mayor tiempo para la obtención de los alimentos, se ha reorganizado la distribución de roles en la economía doméstica, etc. Es válida la afirmación: *tenía cien pesos y no había alimentos que comprar, ahora es lo contrario; una*

familia común pasó de la búsqueda angustiada de la comida diaria con el peso desvalorizado, a la búsqueda del peso re-valorizado que no siempre alcanza para cubrir las necesidades, a los precios de los alimentos disponibles hoy en el mercado.⁹ Es importante destacar que en estas condiciones no se vivencia la búsqueda como angustia porque se percibe la existencia de los productos alimenticios, aun cuando el mercado siga siendo limitado.

Por su parte, la mayoría de las mujeres consideran que a pesar de las carencias, la crisis la ha convertido más que nunca en *la responsable máxima de la familia*, lo cual podría ubicarlas entre los grupos más afectados por la crisis. Sin embargo, es menester reconocer que hay distintas posiciones, actitudes y valores entre las mujeres que —a pesar del desarrollo y emancipación alcanzados— vivencian en esta situación *la satisfacción de sentirse el eje, precisamente por tener una familia con la cual compartir.* Es interesante el hecho de que la convivencia familiar en momentos de crisis económica, demanda reajustes no solo materiales sino también espirituales; se precisa aceptar y acatar nuevas normas haciendo dejación de las habituales y tal vez más agradables. En la subjetividad cotidiana, *durante la crisis, la tolerancia emerge como cualidad indispensable para la convivencia y las relaciones humanas.*

La población está colocada ante exigencias adaptativas grandes. Se desestructura y reestructura lo cotidiano, se redefinen pautas de conducta, se intenta mantener el equilibrio. Ello demanda flexibilidad de pensamiento, una relación dialéctica —mutuamente transformadora— entre el hombre y su entorno, entre sujeto-sujeto social. Por supuesto, no es de esperar que toda la población esté preparada para ello, ni que todas las respuestas sean iguales. En tanto la impronta económico-social es diferente sobre cada uno, así serán de variadas las posibles actitudes, respuestas y aproximaciones a las soluciones que puedan darse.

En la literatura se han descrito «conductas típicas ante situaciones de crisis porque como tales, ellas ubican al sujeto en situaciones nuevas para las cuales no se sienten instrumentados»,¹⁰ es decir, capacitados para lidiar con las presiones que genera una cotidianidad en crisis. En Cuba, se pueden ver esas diferentes actitudes en los sujetos, en función de las respuestas individuales que generan las altas cargas de ansiedad e inseguridad que acompañan a la crisis.